

La crisis educativa que ya se veía venir.

El aburrimiento, la desidia y hasta la fobia por la escuela en el confinamiento por CoViD-19, ya venía gestándose antes de la pandemia. No obstante, debemos reconocer que los docentes no estamos preparados para afrontar estos retos.

La crisis en los servicios educativos que ha derivado del síndrome respiratorio conocido como CoViD-19, ha exacerbado la situación de insatisfacción generalizada y obsolescencia que venían presentando las escuelas. Las exigencias de la sociedad de la información ya venían removiendo los fundamentos de la escuela de la era industrial y sus modos de entender el conocimiento y la formación de los estudiantes contemporáneos en el ámbito personal, social y profesional. En palabras de Ángel I. Pérez Gómez, «la vida en las instituciones educativas sigue estando presidida por la uniformidad, el predominio de la disciplina formal, la autoridad frecuentemente arbitraria, la imposición de una cultura homogénea, la proliferación de rituales ya carentes de sentido para definir el espacio, el tiempo y las relaciones, el fortalecimiento del aprendizaje academicista y disciplinar de conocimientos fragmentados, incluso memorísticos y sin sentido, distanciado de los problemas reales, que lógicamente está provocando aburrimiento generalizado, desidia y hasta fobia a la escuela y al aprendizaje».

La escuela ya venía enfatizando la uniformidad, la repetición, el agrupamiento rígido por edades y el encasillamiento disciplinar; y estaba separando mente y cuerpo, razón y emoción, hechos e interpretaciones, lógica e imaginación, racionalidad y creatividad y trabajo y ocio.

Este esquema heredado de la escuela indus-

trial ahora es reproducido con herramientas informáticas inadecuadas y se pretende repetir un paradigma que ya es obsoleto.

No es infundado el rechazo generalizado de los alumnos a «tomar clase» a través de plataformas que fueron diseñadas para reuniones de trabajo entre los ejecutivos de las empresas. Peor aún cuando resulta hasta irrisoria la exigencia de que se porte un uniforme y se permanezca ante la cámara de la computadora o del dispositivo que se use durante largas sesiones hasta de ocho horas.

Si la escuela convencional ya tenía serias dificultades para responder al reto de fomentar el pensamiento aplicado, crítico y creativo, así como para desarrollar las emociones, actitudes y valores, el confinamiento por CoViD-19 ha venido a agravar esa situación.

Debemos reconocer que los docentes, en general, no estamos preparados para afrontar estos retos porque no hemos sido formados para ello o porque nuestras convicciones sobre lo que significa el conocimiento valioso y cómo transmitirlo, están distantes de esos desafíos.

Pero lo que resulta inaceptable es el hecho de que las autoridades educativas no asuman la responsabilidad que implica hacer de la educación una acción obligatoria con diseños y formatos anacrónicos que no dan respuesta a las necesidades educativas de un mundo confuso, cambiante, interconectado, masificado, innovador y en riesgo.

